

GLOBALIZACIÓN

Mundos reales, mundos virtuales¹

Artemio Baigorri (Universidad de Extremadura)

Hace ciento cincuenta años, para expresar con fuerza el avance del socialismo y las luchas obreras, Marx inició el *Manifiesto comunista* con estas palabras: "*Un fantasma recorre Europa...*". Efectivamente, por todo el continente se encendía, imparable, la chispa de un movimiento que pretendía expresar el rechazo a las nuevas condiciones de vida impuestas a los trabajadores por el capitalismo industrial emergente. Pero eso ocurría en Europa. La mayor parte del planeta dormía el plácido sueño (en realidad plácido para unos pocos, durísimo para la mayoría) de las sociedades agrarias o incluso paleolíticas.

Hoy, ahora mismo, el Marx que todavía no ha escrito el manifiesto utópico que corresponde a nuestro tiempo, debería iniciarlo con las siguientes palabras: "*Un fantasma recorre el mundo...*", a la vista de las batallas y escaramuzas en que vemos enfrascados a los nuevos utópicos, de Seattle a Buenos Aires, de Tokio a Praga. No son obreros, ni siquiera trabajadores, sino las más de las veces estudiantes. A diferencia del viejo movimiento obrero, no se enfrentan al capitalismo -ni siquiera sabrían muy bien definir su posición frente al capitalismo, y las ideologías que les animan son bien dispares, desde el comunismo al fundamentalismo cristiano-, sino que se enfrentan a un concepto bastante etéreo: globalización. Y, también a diferencia de entonces, el campo de batalla de los movimientos *anti-globalización* no está únicamente en las calles de las viejas ciudades industriales europeas, sino también en las ciudades depauperadas del Sur, en suma en el conjunto de un planeta que se nos queda cada vez más pequeño. Pero eso sí, como entonces, asustan a los poderosos del sistema; entonces a las rancias burguesías industriales que dominaban los estados nacionales, ahora a los poderosos grupos financieros que dominan el mundo. ¿Por qué les asustan?

¹ Conferencia en el acto de presentación del Foro Univ'2000, en la facultad de Ciencias de la Universidad de Extremadura (3 de noviembre de 2000).

Sin la existencia del movimiento obrero, sin textos como *El manifiesto comunista*, serían impensables las condiciones de vida de las que hoy disfrutamos en los antiguos países industriales europeos, y en aquellos otros que han seguido su camino. No existirían ni la sanidad pública, ni los sistemas de pensiones, ni la enseñanza pública, universal y gratuita. Pero, a la vez, todo esto ha sido posible porque los anarquistas, los socialistas, los comunistas, no consiguieron detener la rueda; Marx lo sabía: el crecimiento de las fuerzas productivas (esto es, la capacidad tecnológica) es imparable, está en la naturaleza misma del hombre. Eso sí, gracias a la acción política consiguieron corregir muchos de los efectos perversos del sistema industrial-capitalista.

Hoy, de nuevo, quienes se enfrentan a la globalización tienen la batalla perdida de antemano en lo esencial: a pesar de las lúgubres amenazas que sobre el futuro de la humanidad se multiplican desde que se puso en marcha la primera máquina de vapor, el desarrollo tecnológico que está en la base de la globalización es imparable. Y entender esto, como lo entendió Marx en su momento, es fundamental: es la diferencia entre el utopismo escapista del anarquismo y la acción sistemática, organizada y racionalizadora del socialismo que hizo posible el Estado del Bienestar. Pero, sea como fuere, podemos tener la seguridad de que las generaciones futuras de ciudadanos del mundo que, sea cual sea su origen, su raza, su sexo, su religión o su lugar de residencia, tendrán aseguradas unas condiciones mínimas de bienestar, un sistema de protección pública frente a los desmanes de la naturaleza o los poderosos, recordarán admirados a los movimientos anti-globalización, como hoy recordamos agradecidos y admirados aquellas luchas obreras que pusieron coto a un capitalismo por esencia descarnado y vampírico.

Un nuevo significado para una vieja palabra...

Pero hace apenas cinco años, la palabra *globalización* ni siquiera aparecía en la mayoría de los diccionarios. A lo sumo, podíamos encontrar una definición tan simple como "*acción o efecto de globalizar*". Las buenas enciclopedias llegaban a hacer referencia a una corriente pedagógica que bajo esa denominación propicia al aprendizaje de una totalidad para luego comprender mejor los elementos que la integran.

Hoy, ninguna editorial que se precie se atrevería a poner en la calle un diccionario enciclopédico que no incluya un amplio artículo dedicado a la globalización. Pero eso, para nosotros, ciudadanos de clase media del núcleo duro del sistema mundial, no tiene importancia. Nos basta abrir la gran ventana de Internet para asomarnos no ya al significado de la palabra globalización, sino a la globalización misma. Ayer me entretuve en consultar por curiosidad todos los diccionarios y enciclopedias que hay en mi casa, y en ninguno encontré otro contenido que el señalado. Pero me conecté a Internet, pregunté a un buscador cualquiera, y aparecieron como por arte de magia nada menos que 89.000 registros en español; esto es casi 90.000 páginas web, cada una de las cuales puede tener el equivalente a varias páginas escritas en papel, situadas en los rincones más distantes de la geografía. Y cuando escribí en inglés la palabra, fueron nada menos que 330.000 páginas web las que encontró el buscador.

Naturalmente, hice lo que se llama una búsqueda tonta. Porque en la medida en que la palabra globalización tiene, como hemos visto, varios sentidos, seguramente una buena parte de las referencias listadas por el buscador no hacían referencia al fenómeno al que nos estamos refiriendo ahora. Pero aún así, lo que quiero expresar es que es necesario navegar por Internet si queremos profundizar en el concepto de globalización. Porque del mismo modo que la cultura oral fue el medio en el que se desarrollaron las sociedades agrarias, y la cultura impresa ha sido el caldo de desarrollo de las sociedades industriales, la cibercultura es el espacio de expresión de la globalización. Y no es mala cosa; por hablar ya de luces y sombras, la desaparición a medio plazo del papel impreso será un desahogo notable para nuestra maltrecha Naturaleza.

Para comprender el nuevo significado de esta vieja palabra partiremos justamente de los viejos significados. Especialmente de esa perspectiva pedagógica que plantea la necesidad de enseñar los fenómenos en conjunto, para poder comprender mejor el funcionamiento de las partes. No es otra cosa que la aplicación de un concepto propio de la teoría del conocimiento: el holismo. Una epistemología holista se plantea la imposibilidad de comprender el funcionamiento de las partes de un sistema por separado, por cuanto sus elementos constituyentes adquieren su significado precisamente del hecho de la interacción mutua. Es decir, la propia relación

modifica la naturaleza de los elementos. Por tanto, y en esencia, **podríamos definir la globalización, en pocas palabras, como un proceso por el cual todos los componentes de las sociedades humanas que habitan el planeta Tierra adquieren una nueva naturaleza por el hecho mismo de su interacción mutua.**

¿Qué significa esto en términos sociales, económicos y políticos?. Pues sencillamente que vivimos en una sociedad mundial en la que, como parafrasease Nietzsche, nada humano nos es ajeno. Que los capitales circulen a una velocidad de vértigo por el planeta, incluso sin circular físicamente, es sin duda una de sus manifestaciones: una conexión en ciber-conferencia entre inversores o especuladores de Detroit, Tokio y Madrid puede determinar el cierre de una planta industrial en Oporto, o la creación de mil puestos de trabajo en Tijuana, o el hundimiento de una antigua compañía telefónica peruana. Pero eso no es todo. También circulan las noticias, y otra de sus manifestaciones es que los hombres y mujeres de Nueva York, Madrid o Badajoz podemos sentirnos solidarios de los venezolanos víctimas de una catástrofe natural, o de las mujeres sauditas atezadas por costumbres primitivas.



Es más, todos los miembros de la especie humana que estamos conectados a cualquier sistema de telecomunicaciones (internet, televisión, radio...) podemos sentirnos en comunión, miembros de un mismo colectivo, frente a fenómenos que nos afectan a todos por igual, blancos y negros, ricos y pobres, hombres o mujeres, como ocurre con el cambio climático. Hablaremos luego, o mejor deberán pensar ustedes después, sobre hasta qué punto todo ésto es real o virtual; es realidad o espectáculo. Pero ahí está, forma parte de nuestras vidas.

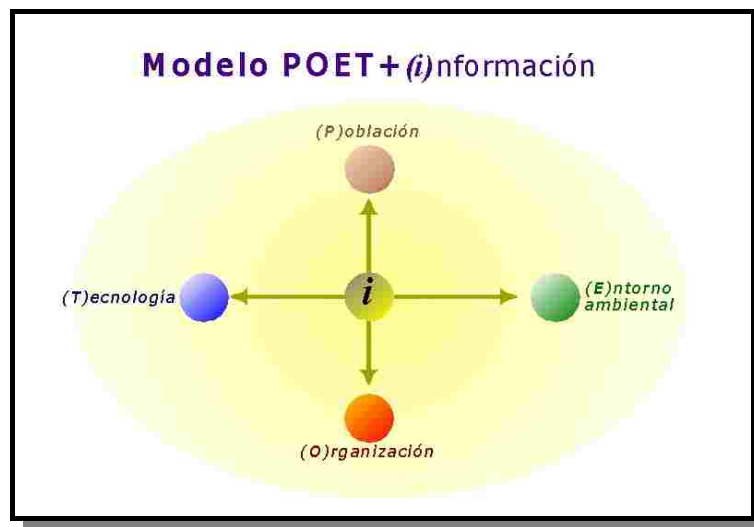
Sin embargo, el hecho básico de una *sociedad mundial* no es nuevo en sí mismo. En cierto modo, es una tendencia histórica que, a partir del siglo XVI, en la llamada Era de los Descubrimientos, se acelera notablemente, y que en el marco de la Sociedad Industrial, bajo la forma del Imperialismo, adquiere auténtica carta de naturaleza que dará lugar no sólo al desencadenamiento de lo que hemos conocido como *guerras mundiales*, sino también a la constitución de un entramado de instituciones mundiales, desde la pionera Sociedad de Naciones, que se ocupan de la gestión de aquellos asuntos que sobrepasan la escala de los Estados-nación. La propia consideración de los asuntos geográficamente ajenos como propios tampoco es nueva: recordemos, por poner un ejemplo suficientemente expresivo, cómo hace medio siglo miles de jóvenes de decenas de países lejanos llegaron a España para luchar en las llamadas Brigadas Internacionales, junto a la República, frente a los golpistas de Franco.

A lo que ahora nos enfrentamos es a un fenómeno nuevo, y distinto en sus elementos constitutivos. No es solamente un salto en la escala de la mundialización de los asuntos humanos, sino que se trata de un fenómeno de naturaleza distinta. Estamos, simplemente, viviendo en un nuevo ecosistema humano, que intentaremos explicar. Y, en este sentido, entender la globalización como un fenómeno unidimensional, económico, tecnológico, político o cultural, por separado, es no comprender su verdadero significado como fenómeno multidimensional.

Las dimensiones del nuevo ecosistema humano

Según el paradigma sociológico clásico de la Ecología Humana, las sociedades humanas descansan sobre un frágil equilibrio entre cuatro

elementos: (P)oblación, (O)rganización, (E)ntorno ambiental y (T)ecnología. Cualquier cambio en uno de esos elementos determina modificaciones en todos los demás, produciendo una reestructuración del conjunto.



Las nuevas formulaciones de ese modelo, sin embargo, incorporan un *quinto elemento*: la (I)nfomación, que es a su vez influenciado por los otros cuatro elementos, pero que actúa como las sinapsis del cerebro, esto es como el nexo de unión entre los elementos del modelo POET. La información es el **proceso** mediante el cual el sistema funciona e interactúa. De ahí que, a medida que los flujos de información se aceleran, las transformaciones sociales se aceleren también. La velocidad del cambio social presenta una correlación perfecta con la velocidad a la que la información se transmite. Veamos cómo hemos llegado a donde estamos.

El resultado de estos procesos es que, cada cierto número de generaciones, la Humanidad -o la parte de la misma que protagoniza la Historia en cada momento- se enfrentan con el hecho empírico de que la sociedad ha cambiado, y lo percibe en términos de lo que Toffler describió como un *shock de futuro* (Toffler, 1970). Quienes, padeciendo lo que podríamos denominar el *síndrome luddita*, se posicionan frente a los cambios y el progreso, encuentran que el *shock* no es sino la prueba de que, indefectiblemente, la Humanidad camina hacia su destrucción. Pero los kantianos que consideran la historia como una progresión inacabable *hacia mejor*, estiman que se trata tan sólo de las incomodidades propias del proceso adaptativo, y se apresuran a intentar construir un modelo explicativo: "¿por qué han

cambiado las cosas?”, “¿a dónde nos conduce el cambio?” y “¿cómo nos afectará personalmente el cambio?”son las preguntas más elementales.

El modelo más aceptado en la actualidad que explique la sucesión de las civilizaciones distingue, a partir de una situación primigenia que nos es totalmente desconocida en sus aspectos fundamentales (por mucho que los huesos de Atapuerca despierten nuestra imaginación), tres grandes eras, todas las cuales han venido marcadas, sin lugar a dudas, por profundos shocks civilizatorios:

a) Una era agrícola o tradicional, que se iniciaría con la primera revolución tecnológica conocida, la del Neolítico.

b) Una era industrial o moderna, que se inicia no tanto con la Revolución Industrial inglesa, como con la Revolución Comercial del siglo XV.

c) Una era informacional, también llamada postindustrial, que se nos vendría anticipando desde que a mediados del siglo XX se inicia el desarrollo de las telecomunicaciones. Es, sin duda, la era de la globalización, en la que estamos apenas entrando.

Cada uno de estos grandes cambios de civilización ha traído, por un lado, un encogimiento virtual del planeta, y por otro lado un cambio en la forma de ver e interpretar el mundo, la vida, y a los propios seres humanos en sociedad. Y cada uno de esos cambios ha traído nuevas comodidades a la Humanidad, pero también nuevas penurias, problemas y conflictos, porque en todo cambio hay ganadores y perdedores.

Por otra parte, esos estadios no son lineales, ni universales. Alvin Toffler expresó muy bien este hecho con la metáfora de las olas que entrecocan; del mismo modo que hay sociedades ancladas en la civilización agraria, e incluso en el paleolítico, o en la sociedad industrial, dentro de las sociedades más avanzadas existen grupos sociales que siguen rigiéndose por (o que están condenados a, según se mire) los principios de la sociedad industrial, o de las sociedades agrarias, junto a los grupos mayoritarios que, citando a Toffler una vez más, navegan por la cresta de la ola.

¿Cómo es la cresta de la ola? Pues esencialmente, y ahí entramos en el núcleo duro de la globalización, un espacio sin perfiles, sin fronteras.

Cuando hablamos de globalización nos estamos refiriendo fundamentalmente a un estadio en el que los Estados-nación, que a lo largo de cuatro siglos han delimitado la acción de los hombres, han definido las sociedades, dejan de tener sentido. Los procesos de todo tipo, desde la contaminación a los movimientos migratorios, de los instrumentos de control social a los flujos de capital, de la filosofía a las modas mediáticas, pasan a ser transnacionales.

Pero el que no existan fronteras físicas, que limitan el trasiego de hombres, ideas, productos y capitales, no quiere decir que desaparezcan las fronteras. Simplemente pasan a ser virtuales, y no delimitan territorios, sino conciencias, modos de vida, acceso a bienes... Por eso, paradójicamente el fenómeno de la globalización es indisoluble de la explosión de los localismos, o al menos de los que han podido sobrevivir a la axfisia de la construcción de los Estados-nación. De ahí que se hable de *glocalización* como el mecanismo a través del cual los flujos globales toman contacto con la realidad de las gentes y los pueblos, adquiriendo expresiones diferenciadas, aunque son expresiones que a la vez carecen de un contexto; no están vinculadas a ningún lugar y a ningún tiempo. ¿Dónde ubicamos en términos de espacio o tiempo el *grunge*?, ¿dónde ubicamos el indigenismo?, ¿dónde ubicamos incluso el Islam?.

Se trata, en suma, de un paisaje nuevo, o más bien de diversos paisajes, como apunta Arjun Appadurai:

a) paisajes étnicos (*ethnoscapes*) expresados en el flujo incesante de turistas, inmigrantes, refugiados, exiliados, trabajadores extranjeros para quienes los perfiles de los estados-nación han perdido significado.

b) paisajes tecnológicos (*technoscapes*) expresados en los movimientos transfronterizos de tecnologías.

c) paisajes financieros (*finanscapes*) expresados en las enormes sumas de dinero que circulan a una velocidad increíble por el globo.

d) paisajes mediáticos (*mediascapes*), referidos a la imaginaria de los medios de comunicación, irradiada permanentemente desde todos los puntos del planeta.

e) paisajes de ideas (*ideoscapes*), referidos a las creencias que relacionan a las gentes sin base geográfica alguna.

¿Complejo? Sin duda, porque el mundo global en que estamos aprendiendo a vivir es muy complejo. Tan complejo, que el escapismo es, como siempre que se producen cambios convulsos, una tentación en la que caen muchas gentes que se sienten abrumados por la ola de cambios que rompe en añicos casi todas las certidumbres. Y aún es más complejo si incorporamos la dimensión medioambiental, que para algunos autores ha sido casi tan determinante de la globalización como la transnacionalización del capital, en la medida en que, ha apuntado Ulrich Beck, ha potenciado la formación de lo que denomina *una sociedad civil con visión cosmopolita*, que ha alentado a su vez la idea de una *democracia cosmopolita*. De forma que cuando oímos hablar de riqueza y pobreza globalizadas no estamos hablando necesariamente de que la globalización provoque pobreza (asunto sobre el que no hay, desde luego, acuerdo alguno entre los investigadores), sino más bien de que a nadie, en el planeta, le queda la excusa del desconocimiento: la sociedad civil transnacional pone ante nuestros ojos, bien por la acción de los medios de comunicación de masas, bien como resultado de la acción del empresariado moral transnacional, la imagen de la miseria, poniéndonos entre la espada moral y la pared. Del mismo modo que esa información que circula globalmente pone ante los ojos de los desheredados la riqueza, virtual o real, de Occidente, empujándolos a intentar el salto hacia esos espacios soñados.

El factor clave: la Sociedad de la Información

Decíamos que la información es el factor clave en esta transformación que estamos viviendo. Sin embargo, aunque parece que la Revolución de la Información se haya producido recientemente -hablamos de informática como algo con intensa presencia en nuestras vidas desde no mucho antes de mediados los años '80-, se trata de un proceso que viene de muy atrás.

Así, los conceptos fundamentales para comprender la 'revolución Internet', que es la que en mayor medida hoy nos fascina, están en la obra del sociólogo Marshall McLuhan, publicadas en los años '60. Su tesis central es que la tecnología constituye una extensión, o prolongación, del cuerpo

del hombre. Y en el caso de las tecnologías de la información, *"con la prolongación del sistema nervioso como nuevo medio de información electrónica, ha sido posible alcanzar un nuevo grado de conciencia"* . Un concepto capital que no es original de McLuhan, pues en esa época se divulgan ampliamente los trabajos de un científico y sacerdote jesuita, Theilard de Chardin, a quien la jerarquía vaticana había prohibido publicar de por vida sus trabajos, esencialmente los de índole filosófica. Las teorías de Theilard han fascinado durante años a los teólogos progresistas, pero sobre todo recientemente se han recuperado, más bien por los agnósticos, precisamente en el ámbito de la interpretación filosófica del Internet. Su concepto básico es el de *noosfera*, con el que hace referencia a una especie de superconexión nerviosa de carácter orgánico que se superpone a la biosfera, que posibilitaría al hombre alcanzar sus máximos niveles de pensamiento y reflexión, tomando conciencia de sí mismo. Pensemos que hace casi cuarenta años ya afirmaba que *"los investigadores están distribuidos aleatoriamente en la superficie del globo terráqueo, pero están funcionalmente interconectados en un vasto sistema orgánico que se convertirá en el futuro en indispensable para la vida de la comunidad"*. En suma, nos está describiendo la red telemática mundial que hoy conocemos. En la obra de este teólogo francés las posibilidades de conexión entre los hombres todavía aparecen en gestación; pero hoy la red Internet ya se parece cada vez más a ese cerebro super-orgánico desplegado sobre la superficie del planeta. Los hombres con sus ordenadores son las unidades de esta red de conciencia, y ya no están aislados sino que son como las neuronas de un gigantesco cerebro en formación.



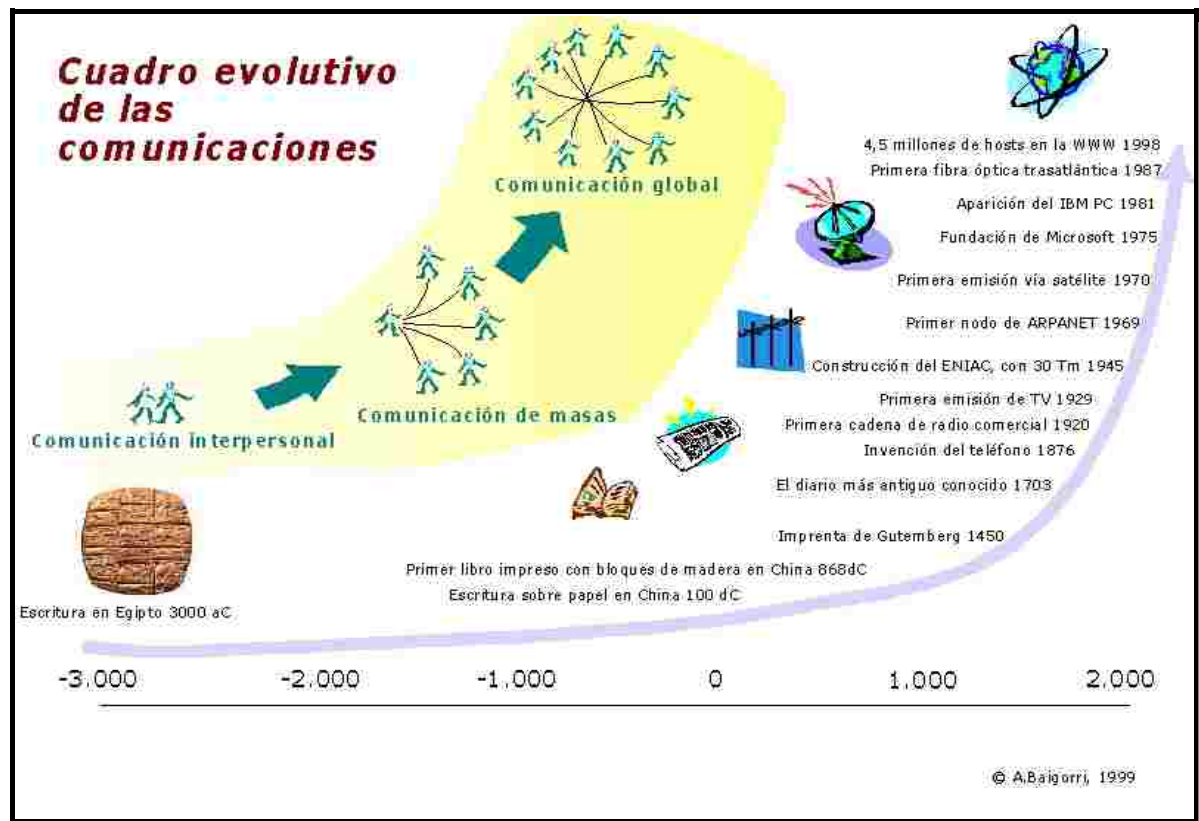
En lo que se refiere a la propia tecnología, lo que hoy es dramáticamente cotidiano era ya virtual entonces. En diciembre de 1968 el tecnólogo Douglas Engelbaert presentó en San Francisco un ratón capaz de seleccionar iconos en una pantalla, el procesador de textos, la videoconferencia y el hipervínculo, que permite saltar de un documento a otro como ahora hacemos en los navegadores de Internet. Engelbaert tenía claro en aquellas lejanas fechas que, frente a la consideración entonces habitual de los primeros ordenadores como poderosas máquinas de cálculo, su futuro estaba en la comunicación. Se trataba de la herramienta atisbada por McLuhan y que haría posible la hipótesis super-orgánica de Theilard de Chardin.

¿Por qué han sido tan determinantes los avances en la transmisión de la información?. En al menos 5.000 años de memoria civilizada, esto es desde que el hombre empezó a registrar sus avances, las mayores transformaciones tecnológicas se han producido en un pequeño fragmento del tiempo más reciente. Si el conjunto de las civilizaciones humanas ocupase un año, la revolución tecnológica que se inicia entre mediados y finales del siglo XIX, y que parece no concluir, ocuparía apenas los once últimos días, menos de dos semanas. Ha sido apenas en los últimos dos días, a partir de los años '60, cuando se produce el desarrollo de las telecomunicaciones hasta alcanzar a transformar la civilización en lo que hoy conocemos como Sociedad de la Información. Se trata de un salto que hay que explicar.

Si observamos el gráfico en el que sintetizamos la evolución de las tecnologías de la comunicación y la información, podemos observar cómo las sucesivas tecnologías posibilitaron en primer lugar la simple comunicación interpersonal: la escritura, el papel, los primeros libros anteriores a la imprenta, ponían en contacto a **un** emisor con **un** receptor.

El desarrollo de la imprenta, la prensa y luego los medios de comunicación basados en la transmisión por ondas eléctricas abrieron un camino nuevo, sobre todo a partir del siglo XIX, al posibilitar lo que hemos denominado la *comunicación de masas*, mediante la cual uno o pocos emisores se ponen en comunicación con un número creciente de receptores, cuyas posibilidades de feedback son cada vez más reducidas, frente a lo que ocurría con la comunicación interpersonal. La televisión es sin duda el

medio de comunicación de masas que en mejor medida ha expresado, a partir de la segunda mitad del siglo XX, este fenómeno.



Sin embargo, el salto que se produce a partir del desarrollo de las telecomunicaciones, que se inicia en los años '60, supone al menos en apariencia la materialización del sueño de los hombres en relación con la comunicación; pues al tiempo que se incrementan las posibilidades de la comunicación de masas, se hace posible no sólo la respuesta, o feedback, a esas comunicaciones masivamente emitidas, sino que además es teóricamente posible la intercomunicación individual entre todos los individuos del planeta.

En este marco, la Internet constituye el paradigma de la nueva Sociedad de la Información. En ella se concretan (no podemos decir exactamente 'se materializa', porque aunque se sustenta en redes materiales de fibra óptica o incluso todavía de cobre, el contenido de la Internet es inmaterial) aquellas previsiones de McLuhan y Theilard de Chardin a que hacíamos referencia. Conociendo las características de la Internet estaremos en mejor disposición de conocer tanto los elementos determinantes de las nuevas

tecnologías, como la forma en que éstas impactan en la sociedad².

Luces y sombras: mundos virtuales y mundos reales

Ahora bien, en el tramo final me gustaría abrir para la reflexión, a partir de este universo casi mágico que he descrito, algunos hechos controvertidos.

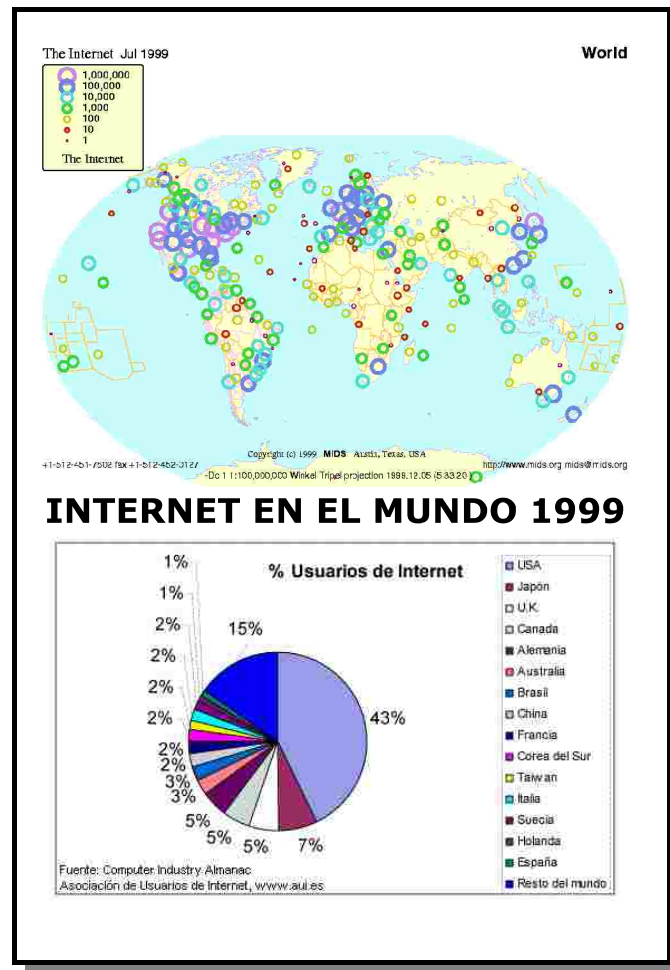
Como ocurre siempre que se producen grandes cambios, el nuevo paisaje tiene vistas hermosas y vistas deprimentes. Hay ganadores y hay perdedores en el cambio, y es especialmente duro cuando los perdedores son los que ya perdieron en los cambios anteriores. De forma que podemos hablar de un mundo virtual, que es el de los globalizados que disfrutaron de esa globalización, para quienes constituye la gran promesa, como ha ocurrido con todas las revoluciones tecnológicas, de felicidad instantánea y universal.

Pero hay también un mundo real: el de los excluidos... No ya de estas maravillosas tecnologías de la información (el 40 % de los africanos no tiene acceso ni siquiera a la televisión, la mitad nunca ha llamado por teléfono, y nada menos que el 95 % no conoce Internet). Con el agravante de que, a diferencia de tiempos pretéritos, los excluidos saben hoy de su exclusión, y conocen bien de qué disfrutamos el resto. El mismo paradigma de la globalización, la Internet, expresa mejor que ningún otro dato la desigualdad global.

Pero la constatación de la evidencia de que estamos ante un cambio de civilización, con sus ganadores y sus perdedores, no puede llevarnos a conformarnos con ello. En absoluto: cada cambio de civilización viene con los gérmenes de su propia destrucción, como diría Marx, y sobre todo con los mecanismos para su transformación. Los instrumentos de la globalización hoy permiten luchar más que nunca contra los efectos: el desarrollo tecnológico, el desarrollo de nuevas formas de acción política, el desarrollo

² Hasta tal punto que Internet se nombra sin artículo determinativo, aún no siendo un nombre propio. Hablamos de la red ARPANET, en España de la Red Iris, o de la red conmutada de comunicaciones, o de 'el' protocolo de comunicaciones A,B o C, como hablamos de la Biología, la Genética, la energía nuclear... Sólo con Internet, como con Dios, utilizan las lenguas occidentales esa forma de expresión. Quizás por eso considere más apropiado hablar de 'la Internet' que de Internet, por mucho que sea la red de redes -aunque no siempre lo tengo presente, pues es más cómodo nombrarla sin artículo-.

de nuevas formas de organización económica, todo ello es hoy más factible que nunca, porque además su difusión es más fácil que nunca.



En suma, la globalización no algo bueno o malo, no es una enfermedad del mundo ni el bálsamo de fierabrás; tan sólo es un proceso, que descansa sobre las nuevas tecnologías de la información, que nos abre posibilidades ilimitadas de crecimiento humano, pero también la posibilidad de constatar hasta el infinito el dolor de nuestra especie. Pero, sobre todo, es un fenómeno humano, que no puede conducirnos, sino que debemos conducir: de nosotros, y especialmente de vosotros, depende que terminemos en el paraíso sólo virtual de Mattrix, o en la Utopía real.